

Cthulhu es amor

En 1912, Wilfrid Voynich, un bibliófilo experto en libros raros, se topó con un viejo manuscrito escrito en un alfabeto desconocido e ilustrado con extraños dibujos eróticos, astronómicos y botánicos. El libro, conocido como el manuscrito Voynich, ha sido atribuido a lo largo del siglo XX y entre muchos otros al filósofo medieval Roger Bacon y a John Dee, matemático, ocultista y embajador de la Reina Isabel de Inglaterra. Y eso a pesar de que nadie ha logrado descifrar ni una sola de sus 200 páginas hasta el momento. Obviamente, el manuscrito Voynich se ha convertido en algo así como una segunda piedra de Rosetta para centenares de freaks que creen que el libro encierra la clave para abrir las puertas del infierno, la fórmula divina para la creación de vida o, más modestamente (opción frustrante C), el saber arcano que permite a los puros de corazón acceder a la verdad sobre el origen del universo. Así que un servidor, emocionado ante la posibilidad de pasar a formar parte de la selecta tiki-secta de los Illuminati y llegar a dominar el mundo un día de estos mientras comparte un dry martini con su novia, se lee en diagonal El Manuscrito Voynich (G. Kennedy y R. Churchill, ed. Melusina) y se topa, 20 páginas antes de finalizar el libro, con la siguiente conclusión: el Manuscrito Voynich es probablemente un fraude obra de un enfermo mental. Descubrir que los descendientes de Jesucristo no viven en la actualidad en un loft de Montparnasse fue duro; atroz saber que el monstruo del Lago Ness es en realidad la trompa de un paquidermo, es decir un elefante; y directamente cruel ratificar que el inconsciente no existe y que se trata sólo de una simple teoría. El manuscrito Voynich era mi última oportunidad para introducir lo oculto y lo desconocido en mi vida, una puerta abierta a un mundo de psicólogos estructuralistas, homeopatía, ensaladas de brotes de soja, hakunas matatas, multiculturalismo expansivo, pirámides de poder, igualdad infinita por decreto (¡se igualen, coño!) y mucha paz. Paz que no falte. Comprenderán mi desazón ante la perspectiva de una sociedad racional, laica e ilustrada. De ahí al neoliberalismo hay un paso, y eso no.

Cristian Campos

“lo que vivimos en nuestras cabezas es puro simulacro”

◆ Pigtopia {KITTY FITZGERALD} MONDADORI

A esta versión moderna de Alicia en el País de las Maravillas en la que el papel de Alicia le corresponde a una adolescente extraída directamente del Ghost World de Daniel Clowes y en la que el País de las Maravillas resulta ser un Jardín del Eden porcino creado por un monstruo deforme y entrañable habría que erigirle una Columna de la Victoria y adornarla con fotos de cerdos famosos (Porky y Porco Rosso entre ellos) por darle una amarga e innovadora vuelta de tuerca al viejo argumento del despertar cruel a una madurez que ojalá no llegara nunca. Como un cruce surrealista de El guardián entre el centeno y un Eduardo Manostijeras sin final feliz, la novela arranca poderosa desde la primera parrafada gracias sobre todo a la bizarra sintaxis de uno de sus protagonistas principales y no permite que la dejes reposar en la mesita de noche hasta que te topas con el brutal desenlace de la amistad entre Jack (el monstruo) y Holly (la adolescente), emblemas desde ya de la inocencia infantil perdida junto al Antoine Doinel de Los 400 golpes.

C. C.

◆ La Posibilidad de una Isla {MICHEL HOUELLEBECQ} ALFAGUARA

El controvertido flirteo de Houellebecq con la ciencia ficción en el epílogo de Las Partículas Elementales tiene en su último libro una inquietante secuela no declarada que, si bien resulta parcialmente fallida, es tan desoladoramente lúcida como las anteriores. Como en aquella novela, el escritor francés ataca la ambición de los científicos por controlar cómo y cuando se nace y se muere, dividiendo la narración en dos tiempos tres siglos distantes entre sí. La inmortalidad sólo hace más patente el vacío, viene a decir. La Posibilidad de una Isla es un libelo furioso y envenenado contra el futuro y contra la falsa promesa de que internet puede acabar con la soledad. Aunque su exceso de pretensiones lastra un planteamiento brillante, una novela de más de 300 páginas firmada por uno de los escritores más talentosos del momento no podía dejar de venir plagada de sentencias memorables. Lo de la secta chirría un poco, pero Houellebecq pretende adaptar la novela al cine, así que nos frotaremos las manos y esperaremos que aproveche todo el potencial bizarro de la premisa.

Toni Junyent

◆ Cosas que Debes Saber {A.M.HOMES} ANAGRAMA

A través de los relatos de Cosas que Debes Saber podemos penetrar en el patio trasero de los barrios residenciales por una puerta clandestina, felpudo incluido, con el típico ritual de exclamaciones: ¡Welcome! A.M. Homes te da la bienvenida a un mundo extrañamente real, un mundo que repele, fascina y, sobre todo, excita. No encontrarás aquí estilos de vida a la carta, sólo el reverso frío y oscuro del american way of life: anomalías grotescas, ideales defectuosos, promesas con fecha de caducidad. Por eso estos once cuentos sientan como una patada en el estómago después de haber ingerido tres paquetes de galletas Oreo (por lo menos). Porque para Homes, el misterio está en lo ordinario, en las cosas que hacemos cuando nadie nos ve, en el desfase que hay entre lo que somos y lo que aparentamos ser. Este es un libro en el que “todo lo que nos es familiar durante el día está invertido, como un rayo X grabado en la memoria”. Este es un libro que hay que leer.

Laura Gamundí

◆ French Theory {FRANÇOIS CUSSET} MELUSINA

Francia, 1966. Año luz de una guerra intelectual que empezó a librarse entre dos polos y que, a día de hoy, aún perdura: por una parte, los que militan en la llamada French Theory y toda su red de pensadores (Derrida, Barthes, Deleuze...). Y por otra, los que abominan de esta corriente intelectual por considerarla “científicamente” incorrecta. En 1997 el libro Impostures Intellectuelles avivó el fuego de la batalla. En él dos físicos denunciaban la verborragia incomprensible de una teoría filosófica llena de conceptos abstractos e inconsistentes. Cierto, lo que se le puede reprochar a la French Theory es que sea una teoría multiusos con un margen de maniobra demasiado amplio. Pero sus ideas de quita y pon no han dejado de circular en la música electrónica, la ciencia ficción, la prensa musical, las sitcom, los videojuegos... Así que negar su influencia supondría negar esa realidad esquizofrénica y discontinua que nos alimenta y que cada día nos recuerda que parte de lo que vivimos dentro y fuera de nuestras cabezas es puro simulacro.

L. G.

